



ESPAÑA Y PORTUGAL SE ABRAZAN EL VIAJE DEL GENERALISIMO FRANCO AL PAIS LUSO

El día 22 de octubre último, el Jefe del Estado español llegó a Lisboa en visita oficial a la nación portuguesa, en la que permaneció hasta el 27 del mismo mes y en la que fué objeto de múltiples agasajos por parte del Mariscal Carmona, y del Gobierno y el pueblo lusos. Uno de los actos primordiales de este viaje consistió en la entrega al General Franco del

título de Doctor «honoris causa» por la secular Universidad de Coimbra. A recoger sucintamente el viaje se dedica este suplemento de MUNDO HISPÁNICO. En la fotografía inicial, el General Franco y el Mariscal Carmona, legítimos representantes de los dos pueblos ibéricos, se estrechan afectuosamente la mano en su primer contacto sobre la plaza pombalina del Terreiro do Paço, de Lisboa.

ESPAÑA, PORTUGAL Y EL MUNDO HISPÁNICO

Por ERNESTO GIMENEZ CABALLERO

I.—VIAJE DE FRANCO A PORTUGAL El viaje del Caudillo español Francisco Franco a Portugal—desde el 22 al 27 de octubre de 1949—y la acogida extraordinaria que la Nación portuguesa otorgó a tal visita española suscitaron muchas interpretaciones, a cual más desorientadas. Por haber asistido personalmente a ese acontecimiento peninsular, y, sobre todo, por haberlo presentado poéticamente (recuérdese el «Homenaje a Portugal» en mi periódico oral «¡Levante!», mayo de 1949), me creo en la posibilidad de informar al «Mundo Hispánico» sobre el justo alcance histórico que ese acontecimiento tiene. Pero para informar al «Mundo Hispánico» con justeza, me habrá de aceptar previamente estas tres afirmaciones: 1.º Que los Poetas de los Pueblos son los que preparan de antemano los acontecimientos políticos, siempre que esos escritores transmitan, con pureza y verdad, el genio de sus patrias. 2.º Que los Políticos sólo son Políticos—y grandes—cuando cumplen fielmente esos previos y genuinos vaticinios anteriores. Y 3.º Que entre el «Dicho» y el «Hecho»—en la Historia—hay tan gran «Trecho», que a veces pasa medio siglo. Y eso cuando pasa. Pues lo más trágico de un Pueblo es que su posibilidad de salvación quede en posibilidad, en pura profecía inane.

El viaje de Franco a Portugal—y su éxito «prodigioso», con apariencia de prodigio y de milagro—estaba ya «escrupulosamente previsto» hace un cuarto de siglo. Y si me apuráis, hasta de medio siglo. Y hasta casi tres cuartos de siglo. Por pensadores portugueses y por pensadores españoles. Proyectando: lo que del 22 al 27 de octubre de 1949 habrían de realizar en Lisboa los dos Políticos—Salazar y Franco—designados por la Providencia para el logro de las venturas peninsulares.

II.—LOS PENSADORES PORTUGUESES DE LA ALIANZA PENINSULAR Fue quizá el «último romántico» Aníbal de Quental el que en su famosa Conferencia del Casino lisboeta vió todavía, aberradamente, las causas de la separación hispano-portuguesa en la Religión, la falta de libertades locales y corporativas y el Absolutismo. En ese camino—extraviado—abrió también Eça de Queiroz al principio de su carrera la Cuestión peninsular. Pero la rectificación que en su madurez hiciera—al rechazar el funesto «Franzismo» el afrancesamiento, aun más violentamente que lo hiciera Camoens, como «avarosismo o mal gálico portugués»—, le colocó como precursor de la corriente nueva e hispanizada. Igual le sucedió a otro romántico, Almeida Garret, cuando exclamara al fin: «Españoles somos y de españoles nos debemos preciar cuantos habitamos en la Península».

Pero los verdaderos Profetas de la Alianza Peninsular fueron tres nombres portugueses que los hispanistas de América y Europa deberíamos cincelar como alhajas: Oliveira Martins, en su «Historia da Civilização ibérica» (1879), Monis Barreto, en «A situação geral da Europa e a política externa de Portugal» (1891), y Antonio Sardinha en su «Aliança Peninsular» (1924). De cuyas doctrinas procedería la llamada Escuela Integralista y el Grupo de Coimbra, del cual habría de proceder a su vez el realizador silencioso de esos sueños: el Dr. Antonio de Oliveira Salazar.

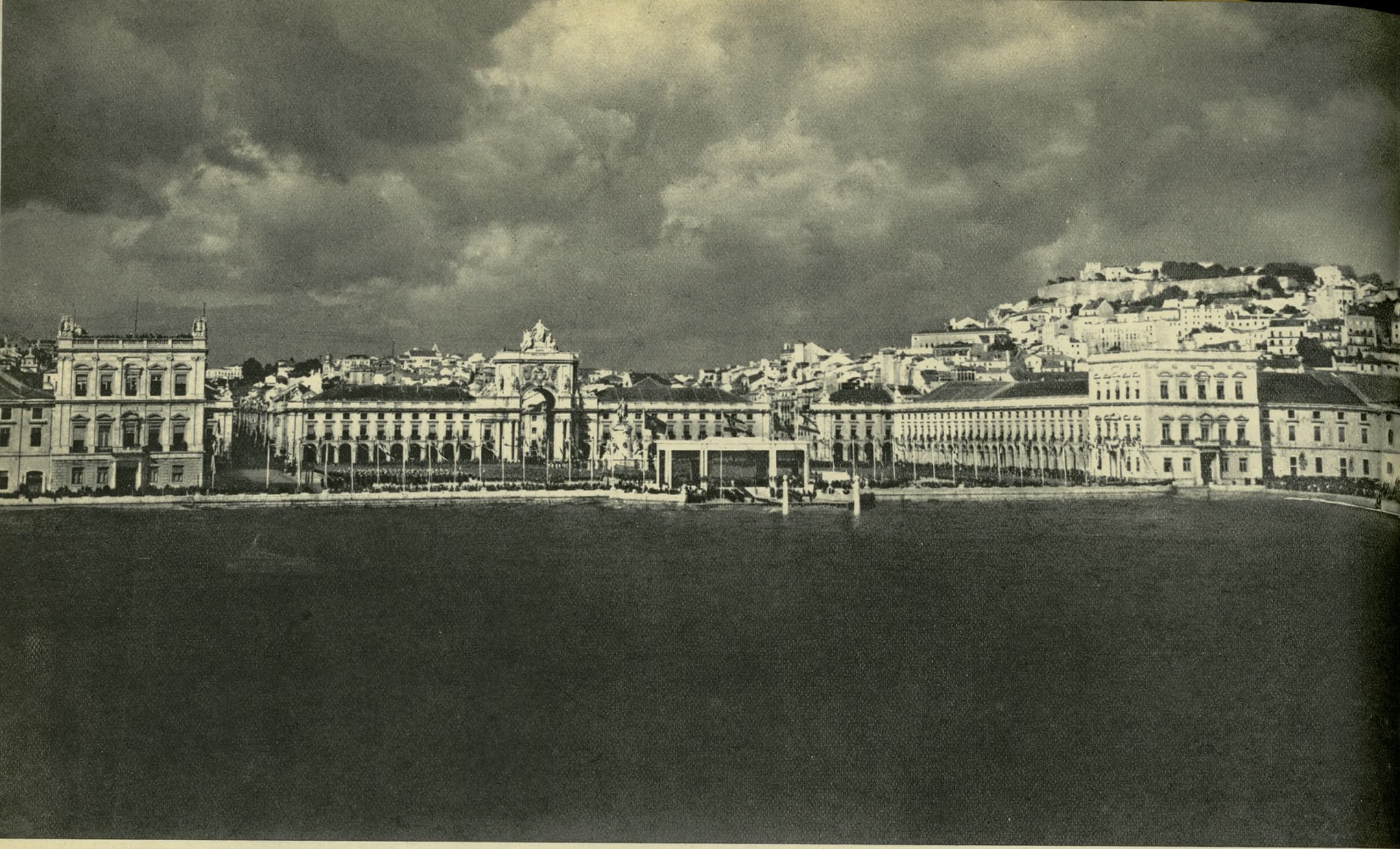
Por cortesía, respeto, admiración y prudencia, vamos a seguir a estos tres últimos vaticinadores—O. Martins, Monis Barreto, Sardinha. (Eludiviendo los pensadores españoles coincidentes. En especial: Ganivet, Menéndez Pelayo, Valera y Maezú.) Vamos a seguirlos para demostrar que sus angustiados vaticinios no cayeron en vano. Y que lo ocurrido en octubre de 1949 entre Portugal y España no es sino el cumplimiento prodigioso de las Profecías.

III.—PROFECIAS Y REALIDADES La Alianza peninsular.—«La Alianza peninsular será el comienzo—auguraba Sardinha—de una especie de norma colectiva en que se traduzca el Supernacionalismo hispánico (la Hispanidad), marco portento que, circundando al Atlántico, lo convierta fácilmente en un mare nostrum».

Como el Imperio de Occidente de Felipe II o en el soñado 5.º Imperio del Sebastianismo. «Pues el período de la Alianza española en el 500 coincidió con la época de mayor prosperidad y de plena expansión del genio portugués», afirmó Monis Barreto. «Como no es también menos cierto—añadiría Sardinha—que la Decadencia de las dos naciones correspondió al disentimiento, que logró separarlas en actitudes hostiles». Ahora bien; separados Portugal y España por actitudes hostiles, ¿cómo se podría reanudar esa Alianza, con todas sus fecundas consecuencias? ¿Por nuevos enlaces dinásticos? ¿Por una federación ibérica? ¿O por dos Estados fuertes, responsables e independientes?

La política de los Estados dinásticos fué rechazada por Sardinha. «Nuestro paralelismo no deberá tener de nuevo un Eje de naturaleza dinástica», «un nuevo contrato de príncipes». Sin embargo, no dejaba de enternecerse por la solícita cadena de princesas—«tiernas mediadoras»—que intentaron con su amor unir Portugal y España a todo lo largo de la Historia. Intento fatal, para el historiador español Ximénez de Sandoval. Y todavía posible para Cánovas, ofreciendo a Portugal el trono de España.

Yo, por mi parte, creo que el problema de la política dinástica ha estado mal planteado por ambas partes modernamente. Para mí, la política dinástica es posible si la Dinastía resultante del cruce mutuo queda en la línea genuina de Avis-Ausburgo. Tal como resultó «Isabel la Católica», con sangre de Avis y abuela de Carlos V. Y a la que Sardinha no tuvo más remedio que reconocer como «símbolo de la España mayor». Gracias a ella, Felipe II subió al trono portugués, no como español, sino como bisnieto del Maestre del Avis e hijo de la portuguesa Emperatriz Isabel. De ahí su absoluto respeto y cariño a Portugal durante su gobierno. Ahora bien; si las Dinastías pretendientes obedecen a países secularmente enemigos de Portugal y España, ¿fuera la política dinástica! A qué se llegó con la política de enlaces



1 Desde la cubierta del crucero español «Miguel de Cervantes», en aguas del Tajo, el Generalísimo Franco contempla la escalonada topografía urbana de Lisboa. La ciudad, congregada en la histórica plaza del Comercio, o Terreiro do Paço, aguarda anhelante el desembarco del Jefe del Estado español.

2 En el Cais das Colunas, Franco, vestido con el uniforme de Capitán General de la Armada, recibe los primeros saludos del Mariscal Carmona y del Jefe del Gobierno, Oliveira Salazar. A su lado se encuentran los ministros de Asuntos Exteriores de España y Portugal, Sres. Martín Artajo y Caeiro da Mata,

respectivamente. Guardias marines portugueses, de la Escuela Naval de Alfeite, rinden los primeros honores al ilustre visitante, en la citada plaza de Terreiro do Paço.

3 Fuerzas motorizadas del Ejército portugués desfilan con marcial apostura ante la tribuna de honor, donde se encuentran el Caudillo Franco y el Mariscal Carmona, así como el Gobierno portugués y personalidades del séquito del Jefe del Estado español. En el aire ondean, proclamando el sentido jubilar de la jornada, las banderas de España y Portugal y enseñas de la ciudad de Lisboa. Al fondo, el crucero español «Miguel de Cervantes» se mece en las tranquilas aguas del Tajo.

del xviii y xix entre Braganzas y Borbones? Pues a suscitar la *Política iberista* republicana y masónica. Y hoy, en vista de hacerse soviética. Precisamente por horror de esa Política de «Unión Ibérica» —masónica y bolchevique—, Sardinha exigió a los portugueses el desechar tan siniestros nombres de «Iberismo e Ibérico», llegando a demostrar que si los empleó Oliveira Martins, fué provisoriamente, mientras se precisaba el verdadero concepto de «Hispanismo», o como hoy diríamos mucho más ampliamente todavía: de «Hispanidad». («Espantajo del Iberismo, confabulación masónica, elaborada desde el siglo pasado, desde las conjuras de Gomes Freire con Pedro IV y el banquete de Badajoz con Magalhães de Lima.») El «Iberismo» salió de las logias con su quimera de «armonía ibérica». Y en la República de 1931, la Embajada española en Lisboa se llenó de armas «iberistas» para hacer saltar Portugal, y de rechazo, Cataluña y Vasconia, y no precisamente en «armonía».

Para Sardinha y toda su escuela no quedaba más que la Tercera Posición: la *Política de la Alianza peninsular*. La del Paralelismo en ambas soberanías. Política tradicional y nueva otra vez. Política de «cooperación» y no de oposición. Política de los momentos de crisis y peligro—como en el Medievo frente al Oriente de Mahoma. Y en el xix, frente al Occidente de Napoleón. Y Política también de los instantes grandes y venturosos de ambas naciones, cuando se cumple el genio de Hespanha, la «sed de absoluto» que viera Monis Barreto, o de «universalidad», de «directriz mundial», como viera Spengler. Para Sardinha y su escuela sólo esta política era la posible y fecunda. «Desligados, vegetaremos siempre miserablemente. Aliados, nos haremos respetar por los fuertes, porque estaremos entre los primeros», según Monis. Añadiendo: «La inteligencia con Portugal va en armonía con los instintos del pueblo español.»

¿Y en qué ha de consistir esa «Alianza peninsular»? Para Monis Barreto: «En dos consideraciones de orden superior. Una, la «Defensa» de la integridad peninsular en el Continente. Y otra, la «Conservación» del statu quo en Marruecos.»

Para Oliveira Martins y Sardinha esa Política debería servir para algo más que lo interior: lo exterior.

«No habrá política externa de la Península sin el concurso solidario y amigable de los dos pueblos que la componen. En Europa: «porque sólo aliados los dos podrán contar en los Consejos europeos». ¡Ah, la O. N. U! ¡Ah, Estrasburgo!» Ante Asia: Para restaurar nuestra lucha común contra el Oriente «en un mañana ya próximo del ataque mundial de Asia contra Europa». En África: «para evitar el peligro de otras potencias instaladas en Marruecos». Y para renovar el ideal del sebastianismo. Y en América: para realizar lo que Sardinha llamaba el «Hispanismo». Es decir: la Hispanidad.

El programa de la Alianza peninsular, por tanto, ¿en qué habría de consistir?

Para Oliveira Martins: «En la Unión de Pensamiento y Acción. Y a la par, en Independencia de cada Gobierno.»

Para Monis Barreto: «En una *Neutralidad armada*. Servida por una Diplomacia vigilante. Y por todas las Fuerzas disponibles.»

Para Sardinha—que acepta las bases anteriores—la premisa era, ante todo, «sanar las llagas que enfermaban a ambos países (¡también hermanos en esto!)». «Con dos Gobiernos fuertes, libres y responsables. Que se dedicaran [no a firmar Tratados de Comercio], sino a mantener el orden en este bello rincón del mundo; a auxiliarse en momentos de peligro. Y a emprender la gran política de cooperación: la del Atlántico, la de Avis-Ausburgo, la de «Os Lusíadas», testamento político de España.»

IV. — EL ABRAZO DE SALAZAR Y FRANCO: ANTE EL MUNDO HISPANICO

La Revolución Nacional Portuguesa en 1926 se consolidó con la Jefatura del General Carmona, subiendo a la Presidencia del Consejo el Dr. Oliveira Salazar en 1932. La Revolución Nacional Española se hizo Hombre en 1936 con Francisco Franco. Superados los falsos enlaces dinásticos—y mientras no surjan otra vez los providenciales y genuinos—; superados también los siniestros designios del Federalismo ibérico, la *Alianza peninsular*, prevista por esos tres profetas portugueses que acabamos de exaltar, es la que acaba de realizarse en el «abrazo del Atlántico». Abrazo de paz. Tras aquel otro previo—pero de sangre—que dieron los Viriatos portugueses, con sus vidas, a la tierra española para defenderla del Asia bolchevique en 1936. (Como en el Medievo del Oriente musulmán y en el xix del Occidente napoleónico, otros hermanos lusos.)

¿Puede tener consecuencias fecundas este «abrazo peninsular» ante la Hispanidad?

Si ese abrazo peninsular puede tener consecuencias fecundas ante la Hispanidad es algo que nosotros, españoles, sólo podemos dejar en la mano de Dios. Y una vez más, en boca—poética y soñadora—de portugueses. Que sean los vates lusitanos quienes sueñen, y nosotros sólo transcribamos:

«Si la Historia y la Geografía nos individualizan como nación aparte, ellas mismas nos amplían y completan en una especie de *Supernacionalismo* que excede los límites de la Península para trasponer el Atlántico y encuadrar las patrias americanas de origen peninsular.»

«La restauración de la Unidad Hispánica más que nunca la justifica y reclama la maravillosa adolescencia de las veintitantas patrias que allá, en la otra margen del Atlántico, hablan nuestras lenguas y perpetúan nuestra sangre.»

«Hoy, como ayer, el sentido de la Universalidad de nuestro genio sólo podrá tomar cuerpo en una Asamblea augusta con esos pueblos, Asamblea de la Raza.»

«Existe un Patriotismo hispánico que no excluye, sino, por el contrario, integra y dinamiza el patriotismo español, el patriotismo portugués, el patriotismo argentino, el patriotismo brasileño. Sumados en una especie de *Supernacionalismo* («la Hispanidad»), contribuirán a que resplandeciese una nueva Civilización universal.»

«Como aquellos estudiantes hispanoamericanos de un día, habría hoy que repetir: ¡Camaradas del ideal, defended nuestro patrimonio del *Latinismo* (máscara francesa) y del *Panamericanismo* a lo Monroe! Defendamos de la célebre frase que Estados Unidos lanzó en la última Conferencia panamericana de Santiago cuando dijo: ¡Dad la espalda a Europa! ¡Cesad de mirar hacia Madrid!»

«Con ese *Supernacionalismo*—traducido en una Alianza o especie de Liga o Anfictionia—, Portugal y España recobrarán en Europa la preponderancia que les corresponde, al paso que en América, las patrias procedentes de la Península, curadas de las llagas que internamente las laceran y llenan de desconfianzas, alcanzarán la supremacía para que Dios las convocó. No es otro el contenido de la Civilización hispánica. Otra no es la política del Atlántico, del Mare nostrum.»

«De no suceder así, se cumpliría la profecía de aquel español vidente cuando afirmara que «entonces todos esos elementos de nuestra Raza habrían de resignarse a no figurar ya sino como restos descompuestos, cadáveres de naciones, que los nuevos imperios devorarían a título de limpiar la superficie del planeta.»

«Pero—y éstas son palabras iniciales por el tiempo y finales por su obra: de Oliveira Martins—creemos en una España venidera más noble y más ilustre aún que la del siglo xvi. Estamos obligados a creer que el papel de apóstoles de las futuras ideas está reservado a los que fueron los apóstoles del antiguo ideal católico.»

«Ya presentimos bien dónde han de conducirnos las fuerzas secretas de nuestro genio, del genio inmortal de la Gran Madre Hispania. Eje de la Civilización, por la íntima y completa convergencia de todas sus tendencias hacia lo Absoluto; con la llamada sagrada del Cristianismo, Hispania salvó antaño por la Cruz y la Espada a la Humanidad de una noche profunda y casi sin esperanza. La misma noche se condensa trágicamente hoy sobre nuestras cabezas. ¡ARRIBA, hispanos de ambas márgenes del Atlántico!» Palabras éstas, finales, de Sardinha.

Con esas finales palabras de 1924, en su Quinta da Bispo, terminó su profecía genial el vate portugués, que supo interpretar y resumir aquellas de los dos poetas anteriores.

Al cabo de un cuarto de siglo, el discípulo leal de ese pensador en la política portuguesa—Dr. Oliveira Salazar—abrazaba a Franco, también seguidor político de las mejores profecías hispánicas.

¿Tiene ahora sentido el viaje de Franco a Portugal? ¿Tiene ahora explicación la acogida «prodigiosa»—casi mística—de Portugal a Franco?



Suenan los himnos nacionales de los dos países ibéricos y el Caudillo y el Mariscal Carmona, en la tribuna de honor, la rígida actitud militar del saludo. A su lado, las señoras de Franco y Carmona, el Patriarca de Lisboa, Dr. Gonçalves Cerejeira; el ministro de Asuntos Exteriores de España, don Alberto Martín Artajo, otras personalidades.



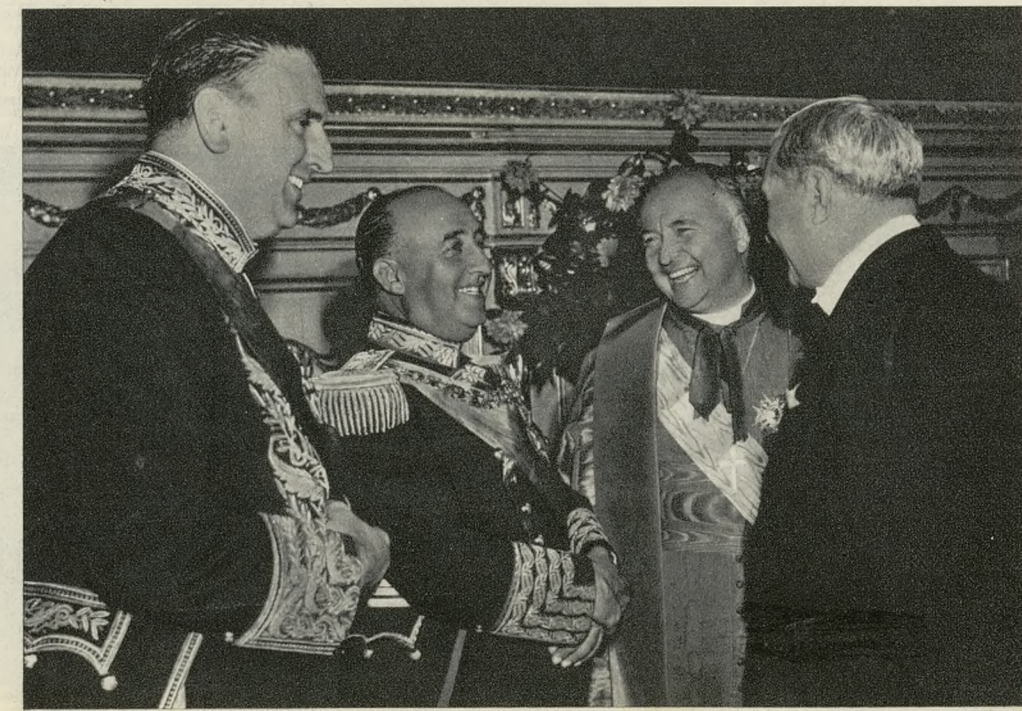
El pueblo de Lisboa, estacionado en la Rua Augusta, aclama al Caudillo español en su camino a la ciudad, hacia el Palacio de Queluz. Aceras y balcones repletos de gentes testimonian el fervoroso recibimiento al ilustre huésped. Este entusiasmo popular del día de la llegada se repitió en todo momento durante la permanencia de Franco en Portugal.



En la Cámara Municipal de Lisboa, el Caudillo, pocas horas después de su llegada a la ciudad, en el Libro de Honor de la Corporación. Acompañan al Jefe del Estado español, entre otras personalidades, el ministro del Interior portugués, ingeniero Cancela de Abreu, y el presidente de la Corporación municipal lisboeta, teniente Coronel Salvaço Barreto.



En el Palacio presidencial de Ajuda, durante la recepción ofrecida por el Mariscal Carmona, el Generalísimo Franco sostiene una conversación con el Jefe del Gobierno portugués, doctor Oliveira Salazar, en la que se halla presente el ministro de Asuntos Exteriores de España, don Alberto Martín Artajo.



Franco conversa en el Palacio de Ajuda con el Cardenal Patriarca de Lisboa, el Jefe del Gobierno portugués, señor Salazar, y el ministro de Asuntos Exteriores, Dr. Martín Artajo.